

Michel Graulich, *Fiestas de los pueblos indígenas. Las fiestas de las veintenas, Ritos Aztecas*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1999, 459 p.

Dividido en ciclos lunares, solares o venusinos, en meses, años, días u horas, que forman a su vez treceñas de días o de años los cuales culminan en “siglos” de 52 años, el tiempo fue aprehendido en una red calendárica que determinó rítmicamente, la existencia del indígena mesoamericano. Los *tonalpohualli* y *xiuhpohualli* entretejieron en una trama cultural los “destinos” potenciales del hombre y el flujo tempo-

ral mediante signos o símbolos cuantitativos que conjugaban la *huida entrópica* del tiempo y la *permanencia regeneradora* de la materia.

La participación del indígena en la cronología de su devenir se manifestó a su vez mediante *fiestas* que permitían una aprehensión “física” del tiempo. Los conceptos de “fiesta” y de “día” convergen de hecho, en el vocablo náhuatl *ilhuitl* expresando asimismo la necesidad de “celebrar” cada momento de la vida.

El libro de Michel Graulich aquí considerado trata precisamente de las relaciones mítico-religiosas que vinculan las fiestas del calendario náhuatl entre ellas y las manifestaciones naturales del año trópico.

La piedra angular del estudio lo constituye sin duda alguna, la hipótesis emitida por el autor de un desfase progresivo del año calendárico en relación con el año trópico debido a la ausencia de un ajuste periódico del primero con el segundo.

Tengo la convicción de que, voluntariamente y con pleno conocimiento de causa, los mesoamericanos se abstuvieron de ajustar su calendario de las veintenas, y como prueba de que nunca intentaron, aunque se haya afirmado, desplazar las fiestas en relación con las veintenas trastocadas, para mantenerlas en concordancia directa con los fenómenos de la naturaleza a los cuales se referían, nunca trataron de modificar de forma significativa el sentido de las fiestas. (p. 83).

Graulich sitúa en 680-683 el momento en el que el calendario coincidía con las estaciones del ciclo solar y establece los días y los meses en que se iniciaban y terminaban las veintenas en función de su posición en la cronología.

Según el autor, por ejemplo, la veintena Panquetzaliztli se ubicó del 22 de junio al 11 de julio en 682, mientras que en 1519 había derivado del 20 de noviembre al 9 de diciembre. Se opone en esto a la mayoría de los cronistas del siglo XVI y a muchos especialistas contemporáneos quienes afirmaron y sostienen respectivamente que se añadía un día “bisiesto” cada cuatro años a la cuenta de 365 días.

Para justificar el planteamiento, Graulich aduce la falta de pruebas fehacientes, el ejemplo de los mayas, la incongruencia cronológica que representaría la inserción de un día extra en el engranaje de los calendarios, la probable existencia de ritos estrechamente vinculados con las actividades agrícolas y que no fueron consignados en documentos por el hecho de que correspondería a una tradición oral muy específica, e invoca más generalmente una lógica indígena del cómputo calendárico en la que un desfase con el año trópico no sólo pudiera ser irrelevante sino que constituya un elemento funcional en la aprehensión cultural del tiempo.

A los períodos de lluvia y de sequía que constituyen los ritmos estacionales del tiempo, Graulich añade las nociones de “mitad nocturna y femina del año” con su contraparte “diurna y masculina” las cuales establecen una verdadera dialéctica espacio-temporal. Asimismo establece un paralelismo entre las veintenas situadas en sendas partes del año. A la primera veintena del año: Ochpaniztli situada en la temporada de lluvias corresponde *Tlacaxipehualiztli* en la estación seca, a Teotleco corresponde de la misma manera Tozoztontli, etcétera.

El análisis sistemático y detallado de las veintenas, en la perspectiva antes mencionada, representa sin embargo lo esencial del libro. Con base en fuentes históricas de diversas procedencias, complementadas por datos etnográficos que atañen a las culturas indígenas contemporáneas, el autor reconstruye la secuencia ritual correspondiente a cada veintena y determina su función específica en los contextos respectivamente calendáricos y trópicos del ciclo anual. Haciendo gala de una singular erudición, Michel Graulich además de aducir un gran número de fuentes, cita y discute los planetamientos y las opiniones de distintos especialistas del tema antes de proponer una versión propia, juiciosamente elaborada, convincente, y que conlleva mucha información respecto a los rituales nahuas prehispánicos.

Lo único que se le podría reprochar a Michel Graulich sería de utilizar a veces modelos religiosos cristianos para explicar ciertos mecanismos mitológicos, como el hecho de considerar a Tezcatlipoca, por ejemplo, como “el culpable del paraíso original de Tamoanchan” (p. 351) o de fundamentar ciertas interpretaciones sobre versiones tendenciosas de algunos frailes. Tal es el caso de la supuesta “trinidad” que entraña, según el autor, Xipe (p. 319) la cual se apoya sobre una afirmación de fray Diego Durán quien declara que éste era *Tota*, *Topilzin* y *Yollometl* es decir “Nuestro padre”, “Nuestro hijo” y un “corazón del maguay” que se asemeja extrañamente, en este contexto, al Espíritu Santo. Si bien el sol, la luna y Venus; el maíz maduro, la semilla y la joven planta pueden haber constituido, como lo afirma Graulich, manifestaciones hipostáticas de Xipe Totec, resulta arriesgado construir el razonamiento a partir de las interpretaciones algo simplistas del dominico.

En términos generales, la obra de Michel Graulich representa probablemente el estudio más completo de los ritos correspondientes a los diez y ocho meses del calendario náhuatl realizado hasta hoy. Este hecho y la polémica demostración de que existía un desfase del año calendárico con el año trópico, hace del libro una lectura imprescindible.

PATRICK JOHANSSON

Instituto de Investigaciones Históricas